bos ídolos con sus insignias; al dios de la guerra con una saeta en la mano, y al del pescado con un pece. Sacó Fr. Miguel secretamente fuego de un pedernal que traia, y pegó fuego á las casas, que como lo mas era de paja, luego ardieron y se quemaron, y entonces salió huyendo un sacerdote de los ídolos que estaba escondido. Partiéronse luego de aquel lugar para proseguir su camino, y tuvieron noticia que los bárbaros de aquella tierra trataban de los matar. Y sabido esto por cosa cierta, Fr. Francisco dijo á su compañero que se aparejasen de su parte y se encomendasen muy de veras á Dios, y despues él ordenase lo que fuese servido. Y así lo hicieron, que toda aquella noche se estuvieron aparejando lo mejor que pudieron para recebir la muerte por Cristo. Fr. Miguel se confesó con su guardian, y el guardian se postró por el suelo, derramando muchas lágrimas y pidiendo á Dios misericordia de sus culpas; puesto un crucifijo encima de un escriño de la tierra, y ellos hincados de rodillas delante de él, á ratos rezaban y á ratos se consolaban el uno al otro y animaban, diciendo que tuviesen mucha esperanza que les sucederia bien, pues ellos no hacian aquella jornada ni peregrinacion por buscar oro ni plata, ni otros bienes temporales, sino solo por buscar ánimas perdidas, y redemidas por la pasion y sangre del Hijo de Dios. Y aunque fué así verdad que mientras hacian esto los religiosos, se juntaron mas de doscientos bárbaros con sus arcos y flechas para matarlos, y los tenian ya cercados y vieron la muerte al ojo, y les oyeron decir mueran, mueran, quiso Nuestro Señor en un instante mudarles la voluntad, porque tomando otro parecer se sentaron (que es señal entre los indios bárbaros de no querer hacer mal), y se pusieron mas mansos que corderos. Visto esto, salió el santo Fr. Francisco á ellos, y hízoles un razonamiento persuadiéndolos á recebir la fe cristiana y perseverar en ella guardando los mandamientos de Dios. Oyéronle de buena gana, y dijéronle que holgaban de que los religiosos estuviesen con ellos y los visitasen; mas no querian que los españoles seglares viniesen con ellos. Y porque se recelaban que luego habian de venir tras ellos, por eso los querian matar. De aquí se volvieron Fr. Francisco y su compañero á su convento; y aunque aquellos indios les rogaban y importunaban mucho se quedasen allí con ellos, no pudieron acudir á ello por haber muchos dias que andaban fuera de casa, y era necesario tener cuenta con todo.

CAPÍTULO VII.

De la prosecucion de este santo varon en su predicacion, y cómo los infieles lo mataron con otro compañero.

Poco era el descanso que el siervo de Dios Fr. Francisco Lorenzo tomaba en su monesterio, acordándose de las muchas ánimas que el enemigo llevaba al infierno, de aquellos indios infieles por do él habia andado, y del peligro en que quedaban los recien convertidos, sin el resuello y ayuda de la palabra de Dios por boca de sus ministros. Y así dió en breve la vuelta juntamente con su compañero Fr. Miguel á los pueblos de Amaxocotla, donde fueron recebidos de sus discípulos con mucho contento. Guardaba el santo Fr. Francisco este modo en el baptizar: que á los niños luego los baptizaba, y á los adultos catequizaba y enseñaba la doctrina; y estando ya en ella instructos, los baptizaba. Persuadíales que no se embijasen (que es teñirse el cuerpo de negro ó de otros colores), y que le trajesen los ídolos que tenian guardados; y que el que tenia dos mugeres dejase la una, quedando con la primera. Todo esto hacian aquellos indios de buena gana, por el deseo que tenian de baptizarse. Usaban estos indios de Amaxocotla traer barbas postizas hechas de oro, plata ó cobre, y para esto se quitaban las pocas que les concedió naturaleza. Traian presas las postizas con unos clavitos algo larguillos, con una cabezuela ancha como de medio real, y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca. Mandáronles que se quitasen estas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilacion; y del oro y plata y cobre que de ellas salió, hicieron diez y siete campanas de á quintal, que pusieron en diez y siete iglesias. Volviéndose otra vez para su convento, pasaron por Cacalotla, donde baptizaron cuatrocientas personas, y de allí fueron adelante por los tecoxquines. Y porque se decia que algunos de ellos, que eran sacerdotes de los ídolos, andaban alzados por un monte, y que allí tenian su casa de idolatría, rogó Fr. Francisco á los indios de aquel pueblo que se los trajesen. Ellos respondieron que no se atrevian, ni osaban llegar á ellos, porque les tenian mucho temor. Y viendo que por esta via no tenia efecto su deseo, acordó de decirlo á su compañero Fr. Miguel, y preguntóle si tenia ánimo para subir á la sierra y traer atados á aquellos sacerdotes de los ídolos

que estaban allí alzados. A esto respondió Fr. Miguel que sí, y que iria de buena gana si él se lo mandase. Díjole entonces su guardian que se hincase de rodillas, y hincado, mandóle por obediencia subiese á la sierra, y trajese de ella aquellos sacerdotes de los ídolos, maniatados. Esforzado Fr. Miguel con el mérito de la obediencia, partió para allá; y llegado á la casa donde los sacerdotes de los ídolos estaban, se puso á la puerta, llamando la ayuda del Señor, y mandóles salir fuera. Ellos obedecieron á lo que se les mandaba, por ventura temiendo que los quemaria dentro en la casa, y así como iban saliendo los iba Fr. Miguel maniatando. Uno de ellos le dijo que era cristiano baptizado y se llamaba Juan, y que solo habia subido allí á llevar de comer á aquellos sacerdotes del templo. Á este no quiso atar, antes le mandó que le ayudase á atar á los demas, y así lo hizo. Y lleváronlos todos á su convento de Auacatlan, y allí los tuvieron un mes, enseñándoles la doctrina cristiana y las cosas de nuestra fe. Enviáronlos despues á sus pueblos y encargáronles mucho el cuidado de la doctrina de los otros, y que cada dia recogiesen los niños en las iglesias para se la enseñar: porque así como habian sido ministros del demonio para su condenacion, lo fuesen tambien agora del verdadero Dios para su salvacion. Tuvieron despues noticia el santo Fr. Francisco y su compañero, que otros indios de lejos de allí se habian alzado, y acordaron de ir entre ellos y reducirlos á sus pueblos donde antes estaban. Llegados allá, recibiéronlos aquellos indios con mucho contento, y el guardian Fr. Francisco les predicó y les dijo á lo que iban, que era á volverlos á su asiento y poblacion que habian dejado. Ellos lo aceptaron, porque en ver á este apostólico varon Fr. Francisco, les parecia que veian un ángel del cielo, y no tenian cara para ir contra lo que les mandaba. Y así se juntaron y recogieron en el sitio que él les señaló, donde les trazó su iglesia. Tambien tuvieron noticia que otros indios se habian alzado y remontado en las sierras de Xocotlan. Fueron allá, donde con la mesma voluntad los recibieron; y con beneplácito de todos ellos, edificaron en las mesmas sierras cinco pueblos con sus iglesias, y en ellas pusieron doctrina como lo acostumbraban en todas las demas. Habia algunos dias que Fr. Francisco y su compañero sabian cómo los indios que mataron al siervo de Dios Fr. Juan Calero (como arriba queda dicho), llevaron su hábito y con él hicieron una estatua, y que cada año el dia que lo mataron, celebraban fiesta en memoria de aquella victoria, que (á su parecer) habian alcanzado en matar un destrui-

Rom. 6.

dor de sus ídolos. Entraron, pues, Fr. Francisco y su compañero entre estos bárbaros con mucho ánimo, y reprendiéronlos duramente, de que se gloriasen de tan gran mal como habian hecho, por el cual debian llorar todos los dias de su vida para alcanzar perdon de su pecado. Y despues de haberles predicado lo que convenia para el remedio de sus almas, pidiéronles el hábito del santo mártir, y ellos con toda liberalidad lo dieron. Edificáronse entonces por industria de estos siervos de Dios tres pueblos con sus iglesias, y recibieron los indios doctrina; y hecho esto, se volvieron á su monesterio, donde el santo varon Fr. Francisco era guardian. Celebróse en aquella sazon capítulo en el convento de Guadalajara, cabeza de la Nueva Galicia, y en él apartaron á Fr. Miguel de Estibaliz de la compañía del buen padre Fr. Francisco Lorenzo, enviándolo á morar á otra parte, y Fr. Francisco salió electo en guardian del convento de Ezatlan. Pasados algunos dias, dióle voluntad al bienaventurado padre de visitar (como solia) los indios de Cacalotlan en la provincia de Auaxocotlan. Son estos los indios que el santo padre habia profetizado antes y dicho á Fr. Miguel su compañero, que lo habian de matar, como de hecho lo hicieron. Tomó en su compañía para este viaje á un religioso mancebo, llamado Fr. Juan. Cuando allá llegaron, los indios los recibieron con mucha alegría, abrazándolos y mostrando gran regocijo. Mas los malvados infieles vecinos de aquella comarca (que siempre tuvieron pesar del fructo que el siervo de Dios hacia en la conversion de las ánimas), como supieron que era venido, á la segunda noche que habia que estaba en aquel pueblo, dieron sobre él con mano armada, y mataron diez y siete personas de los indios cristianos. Y como el santo Fr. Francisco oyó el estruendo de los bárbaros, y entendió la mortandad que hacian en los indios cristianos, dijo á su compañero: «Ea, hermano, agora es tiempo de ganar el reino de los cielos.» Encendió luego unas candelas delante del altar, y hincóse de rodillas encomendándose á Nuestro Señor. Entrábase el virtuoso mancebo Fr. Juan á su aposento para hacer lo mismo, y los enemigos corrieron tras él, y al entrar de la puerta lo mataron á macanazos. Tornaron luego á la iglesia, donde estaba el bienaventurado Fr. Francisco de rodillas con un crucifijo en la mano, y diéronle con una macana un terrible golpe en la cabeza, con lo cual se le cayó al santo mártir el crucifijo. Díjole entonces el bárbaro que lo hirió: «¿Piensas que te ha de valer ese?» Y acabólo de matar con mucha crueldad. Macana es una como espada de en-

cina, cercada de navajas de piedra por ambas partes. No contentos aquellos lobos carniceros con ver tanta sangre derramada, por satisfacer mas á su bestial crueldad, quemaron la iglesia y todo lo demas de la casa en que se hospedaban los religiosos, y huyeron de allí. Luego otro dia los indios cristianos que quedaron dieron noticia de todo lo pasado á los españoles, que estaban en unas minas dos leguas de allí, los cuales fueron á Cacalotla y llevaron los cuerpos del santo guardian y mártir Fr. Francisco Lorenzo y de su compañero Fr. Juan, para enterrarlos en su monesterio de Ezatlan, donde juntamente con otros mártires están sepultados. Como supieron los indios de las serranías por donde el siervo de Cristo Fr. Francisco Lorenzo habia predicado el santo Evangelio, la muerte de su apóstol y predicador, fueron á pedir justicia de ella y á quejarse delante de los oidores que solian residir en la ciudad de Compostela, los cuales respondieron á la querella, que uno de ellos iria á hacer informacion de aquel caso, y castigaria á los delincuentes con todo rigor. Partió para este efecto el oidor Contreras con cien hombres españoles y cuatro mil indios cristianos, de los mismos que el santo Fr. Francisco habia baptizado. Quedáronse los españoles en los llanos y lomas (por ser aquella tierra muy fragosa y áspera), y los indios subieron á lo mas alto y dificultoso, porque sabian bien la tierra. Acorraláronlos de tal suerte, que ninguno de ellos dejaron á vida, salvo ocho ó nueve, los mas principales de ellos, que tomaron vivos, á los cuales el oidor mandó ahorcar para castigo ejemplar de los bárbaros y de toda aquella comarca. Serian como seiscientos los yocotecuanes que murieron, y desde entonces quedó despoblada aquella su tierra. Débese notar en estos discursos, entradas y predicacion que el santo Fr. Francisco Lorenzo hacia entre estos indios bárbaros ó chichimecos, que en el mismo ejercicio se ocupaban, y en él murieron los demas religiosos que ellos y los otros mataron, cuyas muertes con brevedad aquí se escriben, porque no ovo quien diese la relacion por extenso de sus entradas y predicaciones, como la pudo dar Fr. Miguel de Estibaliz de la predicacion de Fr. Francisco Lorenzo, como testigo de vista y compañero de sus trabajos. El cual Fr. Miguel, con haber veinte años que dió esta relacion, vive hoy dia en este de noventa y seis. De suerte que esta historia del bienaventurado Fr. Francisco Lorenzo, sirve de dar á entender á los lectores en qué ocupaciones y ejercicios, y en qué estado tomó la muerte á los demas siervos de Dios, que en este libro decimos haber muerto á manos de chichimecos ó de otros infieles.

CAPÍTULO VIII.

De otros religiosos que murieron por confesion de la fe y predicacion del santo Evangelio.

Fr. Juan Cerrato ó Cerrado.

Fray Juan Cerrato, natural del condado de Niebla, tomó el hábito de la religion en el convento de San Francisco de México, donde desde los principios de su vocacion dió muestras de mucha virtud; y perseverando en ella, fué tan amado de todos, que cada uno de los religiosos deseaba su compañía. Mas él, puesto que de todos era amigo, su verdadera amistad tenia colocada en Jesucristo, por cuyo amor quiso desamparar la compañía de sus queridos padres y hermanos, y irse á las fronteras de los infieles chichimecos á procurar su conversion y salvacion de sus almas. El asiento de esta su mudanza fué á lo de Jalisco (que entonces era custodia de esta provincia del Santo Evangelio), donde siendo guardian del monesterio de Zapotlan, pidió licencia á su custodio para entrar la tierra adentro á predicar á los infieles bárbaros de Zacatecas, llamados chichimecos. El custodio se la dió juntamente con su bendicion, viendo el espíritu y fervor que tenia para semejante empresa. Anduvo algunos dias Fr. Juan desbastando la rudeza de aquella gente; y habiendo traido algunos al conocimiento de su Criador y al gremio de la santa Iglesia católica, y estando entendiendo en su doctrina y administracion de la palabra de Dios, los enemigos de la fe lo mataron, flechándole con grande inhumanidad; y así dió el alma á quien se la dió, acabando esta vida mortal del cuerpo corruptible por martirio, y fué á gozar de la inmortal y eterna.

Fr. Pablo de Acevedo.

Fr. Pablo de Acevedo, sacerdote, de nacion portugues, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz (que es en la isla Española que por otro nombre llaman de Santo Domingo), y de allí, oida la fama de lo mucho que los religiosos servian á Nuestro Señor en esta provincia del Santo Evangelio, mediante la conversion y administracion de los indios, alcanzó licencia para venirse á ella. De su santo celo y aprobada vida puedo yo dar testimonio, porque fué mi discípulo en el convento de la ciudad de Tlaxcala, y siempre conocí de su conversacion y religiosas costumbres ser muy siervo de Dios, celador de su honra y de la salud de las almas, y como tal fué escogido y enviado por la obediencia con otros tres